

CUANDO LOS SANTOS DESFILAN

(When the saints go marching in)

Federico
García
Lorca

Al primer toque de tambor
y estrépito de cornetas,
Federico García Lorca
—primer santo en mi historia—
inicia la marcha
a la luz serena
de la blanca
columnata
de la *Magdalena*.
Gérard, un joven estudiante
de quince años
me habló un día
del *Romancero Gitano*
(Yo tenía veinticuatro
y él leía a Federico
desde hacía dos veranos).
Se sabía de memoria aquello de
silencios de goma oscura
y *las piquetas de los gallos*
y también me contaba
cómo al poeta, lejos y cerca del río,
se le ponía *la luna en el pecho*.
Federico García Lorca
tenía un inevitable paso
como jinete rojo
por mi vida,
pero aquel compañero
estudiante de un liceo parisino
fue el primero
que me habló
de una tumba llena de balas

en plena estrella de Granada,
fue el primero que me dijo
que cruzara la frontera,
que rompiera alambradas
con *Mariana Pineda*
bajo el brazo,
que hiciera ríos y montañas
si era preciso,
pero que me llevara conmigo
al gran poeta de España.



Juan
Ramón
Jiménez

*Admirose un español
que todos los niños en Francia
desde su más tierna infancia
leyeran a Juan Ramón.*
Recuerdo que un día
en el colegio
—tras Benavente, Echegaray
y los Quintero—
lo nombraron
y sanseacabó.
Porque el exilio
—decían—
tiene olor impregnado
de pies que anduvieron
espinosas alfombras
populares,
deja una huella de pájaro
que tarde o temprano
reclama su nido verdadero.
Pero su *Platero*, y yo,
pasamos largas horas de verano

jugando a arrancar raíces
de ardientes corazones
de invierno.
También contábamos las gotas
que resbalaban y hacían surcos
por muslos y pantorrillas
de miles de enamoradas
en los jardines de Luxemburgo.
Eran los primeros años 60
y la esperanza se iba elaborando
por las sabias,
alegres y amigas
calles
del Barrio Latino.



*Antonio
Machado*

Un día, hace quince años,
de los que mil veces nacen
y mil veces se nos mueren
solamente enamorados,
salió como por encanto
de una vitrina empolvada
un señor muy delgado
con mucha carga a la espalda
que pisó fuerte mi mano.
Era Antonio Machado.
Tenía unos ojos lejanos
que me miraron y me sacaron
no sé cuántas espinas del alma.
Muchas ansias de las que traje al mundo
emergieron disputándose
la flor que nació en el momento
en que su poesía quedó

desnuda a mi lado.
Romances y cantares
comenzaron entonces
a desfilar por mis manos.
Sobre la sobriedad de su aventura
me contaron que desde
sus campos de Castilla
profanó las prisiones conceptuales
para poner al tiempo en libertad.
Luego, con emoción clara y sencilla,
echose a cantar por el camino
de la humana poesía,
de la tradición popular.
Por último aprendí
que fue su luz la primera,
desde su comarca de destierro,
la que llegó a los campos errantes
en auxilio de la primavera,
la que puso palabra de hierro
a ambos lados de la cordillera
mientras él quedaba rodeado
por columnas de soledades
construyendo un monumento a su pueblo.
Era Antonio Machado.



*Miguel
Hernández*

Ahí viene Miguel Hernández
y trae una bandera en la mano.
Hoy saluda con su puño crispado
al mundo entero que lo saluda.
Me dieron su nombre y sus señas
en mi pequeña tierra redonda.
Recuerdo que saltó clandestino,

con su mono azul,
de la boca de un amigo.
Más tarde lo iba a encontrar de nuevo
en los librereros del Sena,
algo oculto y solitario,
tapado por libros y mapas
y algunas revistas obscenas.
Fui hasta el Havre con su *Viento del pueblo*
y toda Normandía se puso a oler a trinchera.
Llegué hasta Marsella con su *Rayo que no cesa*
y todo el mediodía de Francia
pareció latir en la frontera.
Muere un poeta y la creación se siente.
Murió Miguel y su muerte
todavía es cuadro
colgado en todas las paredes.
No se cura uno tan fácil
de los versos de Miguel Hernández:
son como un *empujón brutal*
que nos derriba, que nos hiere
y lastima, que nos enciende un fuego
que nos tiene ya para toda la vida.

JOSÉ CABALLERO MILLARES